

La realidad, con sus mil contextos diferentes, crea nuevas Barbianas y mantiene joven, viva y actual la Carta a una maestra.

## Nadie los quiere. Una historia salmantina

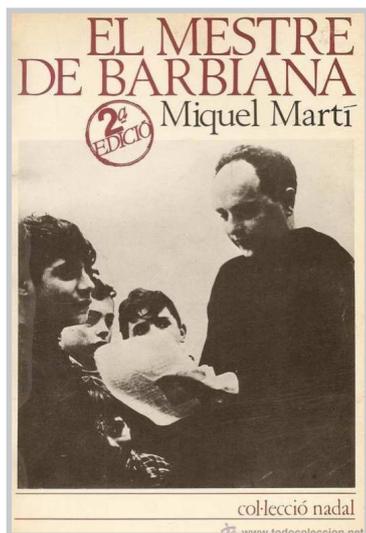
Alfonso Díez Prieto (SA)

De pequeño, cuando vivía en la calle La Latina del barrio antiguo de Salamanca y venían con la cabra y las trompetas, todos corríamos a verlos, nos atraía su exotismo, mientras los observábamos con miedo por si nos llevaban con ellos, como nos decían, temerosos, nuestros padres. Más tarde, en el Barrio Blanco, junto a los Pizarrales, barrio aún más pobre y obrero, el miedo se hizo más intenso. Atravesarlo era sin duda una osadía, una peligrosa aventura. En más de una ocasión, me vi metido en medio de una pedrea entre bandas de ambos barrios, y las piteras en la cabeza por las pedradas eran demasiado frecuentes; como trofeo del que acertaba a dar y como traumática experiencia para su víctima que, tiempo después, exhibía con cierto orgullo la cicatriz entre los amigos de la pandilla, como prueba de iniciación.

La vida es extraña, te empuja por caminos insospechados que tienen su lógica escondida y la descubres con el paso de los años. Diríase que no da puntada sin hilo, que las casualidades no existen. Hice las prácticas de Magisterio en el actual Colegio concertado Pizarrales, al lado del público donde actualmente ejerzo – ¿una premonición? –, que a la sazón era filial del Instituto Fray Luis de León, el “Insti” por antonomasia. Allí conocí a maestros implicados en la educación y promoción del barrio que me introdujeron en la dimensión social de la escuela, algo de lo que nunca oí hablar en la universidad, ni se estudiaba en los textos oficiales de pedagogía; salvo en aquellos libros alternativos, casi clandestinos y tan fundamentales, sin embargo, en nuestra formación. Allí descubrí el placer y el compromiso de enseñar, y reafirmé mi



C  
a  
s  
o  
  
a  
b  
i  
l  
e  
r  
t  
o



decisión de hacerme maestro. De eso hizo ya 40 años. Un año después, en 1977, cayeron en mis manos *El maestro de Barbiana* y *Carta a una maestra*, y ya fue la definitiva: un compromiso más romántico que nada me mandó ilusionado a la escuela rural, de pueblo en pueblo, donde me sentí muy gratificado.

Décadas después, previo paso por la actividad sindical, me encuentro, en mi última etapa docente y, sin saber bien cómo – aunque en el fondo sí, porque una voz interior te va moviendo sutilmente – estoy en un colegio de los llamados “gueto”. O sea, me los encuentro de nuevo. Gitanos y mercheros, lo peor de lo peor, que ni en pesadillas imaginaba. No por su raza, por supuesto, sino por circunstancias de la vida, delincuentes metidos en líos de droga, trapicheos, robos, ajustes de cuentas, tiroteos, redadas policiales, absentismo escolar...

¿Y he de amar ese mundo suyo, que me espanta? ¿Y cómo amarlo, si les ofreces otro tan distinto...? En el suyo los niños son víctimas y, nosotros, los maestros, impotentes, hacemos un trabajo de contención hasta que algún día explote el polvorín de violencia reprimida y sin que la Administración educativa sepa qué hacer con ellos...

Porque nadie los quiere. Ni siquiera los colegios religiosos, a los que se les supone una vocación cristiana, solidaria y sin

**¿Y he de amar ese mundo suyo, que me espanta? ¿Y cómo amarlo, si les ofreces otro tan distinto...?**

discriminaciones. Los padres de clase media y baja, ya bien alentados y convencidos por los sucesivos gobiernos de que lo público es peor, se han echado en brazos de los centros privados concertados (como pasará con la sanidad) y desprecian el tesoro de la diversidad de centros públicos y relegan la enseñanza pública a la marginalidad.

Y, sin embargo, no me arrepiento. El destino es coherente conmigo. Todo enseña, aunque sea a un precio muy alto, que proporciona más ingratitud que alegrías; pero éstas, cuando llegan, saben a gloria y compensan sobradamente los sinsabores. Y, además, ¿no fue don Milani (como San José de Calasanz, patrono de los maestros) el cura que, desterrado a una perdida aldea de montaña, creó una auténtica escuela pública, extraoficial, de iniciativa privada, sí, pero absolutamente universal para todos los pobres chicos de su entorno y más pública que las estatales? ... Pues eso.

